



# el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

## Mujeres en las trampas de la dependencia. El signo del dominio masculino

Alejandra Figueroa Celito

**R**eflexionar acerca de las connotaciones de lo que implica ser mujer es una tarea difícil, y es justamente en esto que la teoría feminista cobra importancia. Una de las principales aportaciones teóricas del feminismo radica en haber sentado las bases para diferenciar sexo de género. Por sexo entendemos todas aquellas características biológicas y fisiológicas que nos coloca como hembras y machos y el género se refiere a conjuntos complejos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales a partir de la diferencia sexual. Aquí obtenemos la etiqueta de “hombre” o “mujer”. No es casual que exista una confusión en los términos, ejemplos sobran si se miran los cuestionarios institucionales y provenientes de la iniciativa privada; es decir, representa asumir el rol socialmente esperado de acuerdo a nuestro sexo biológico. Cabe mencionar que en este sistema binario de género distingue a los individuos entre una lógica binaria y jerarquizada, donde lo masculino se encuentra en una valoración social más alta, es decir, es un sistema que, por oposición, excluye a todo lo que carece de atributos masculinos.

¿Y cuál es el rol que le corresponde representar a las mujeres en nuestra sociedad? Tradicionalmente, las mujeres han tenido que responder a un ideal de feminidad sustentado en una serie de palabras asociadas a la idea/concepto de mujer: debilidad, docilidad, dependencia, maternidad, sensibilidad, prudencia, sensatez, belleza, matrimonio, sexualidad reprimida (o muy discreta), entre otras. Sin embargo, estas características adquieren una modalidad particular dependiendo de otras distinciones culturales como la clase social, la edad, el grupo étnico. Aunado a esto, mirar el contexto cultural y social en donde se desenvuelven.

Cuando las mujeres recurren a conductas opuestas a lo que determina la tradición, se encienden focos de alerta en los sectores más conservadores de la sociedad, altamente influidos por el pensamiento judeocristiano que ha venido perpetuando el patriarcado como la parte medular de este sistema a través del discurso tantas veces repetido y, lo más grave de todo, apropiado y reproducido por las mujeres acerca del valor que representan los hombres; al respecto Castro comenta lo siguiente: “Debido a complejas razones históricas y culturales, muchas mujeres son educadas en la creencia de que su valor se vincula con el de los hombres que hay en sus vidas, ya se trate de padre, hermanos, esposo o hijos. Este aprendizaje las hace verse reducidas al aislamiento si no complacen a dichos hombres, o si los desobedecen, y las hace vincular su autoestima a su capacidad de ofrecer satisfacción a los demás.” En este pequeño fragmento podemos percibir la manera en que opera el discurso que legitima el dominio de los hombres sobre las mujeres, y es justamente aquí donde se encuentran enraizadas las relaciones de dependencia que desarrollan una gran cantidad de mujeres en torno a la figura del varón a costa de lo que sea, inclusive de la vida misma, en relaciones violentas. “No resulta difícil, en consecuencia, comprender la tendencia que muestran algunas mujeres a culparse a sí mismas por la violencia que experimentan de parte de los hombres que las rodean, y de desarrollar complejos vínculos emocionales que les hacen muy difícil separarse de quien las agrede de manera sistemática.”

Las relaciones de dependencia no son lo mismo que las relaciones de violencia, aunque se encuentran muy asociadas. Sin embargo es necesario hacer un pequeño recuento de algunas de ellas para clarificar cada uno de estos fenómenos. Castro enumera por lo menos cuatro tipos de violencia: física, sexual, económica, psicológica. Lo que resulta alarmante es que quienes ejercen la violencia en contra de ellas es justamente alguien con quien comparten un vínculo afectivo o familiar, llámese esposo, novio,



concubino, padre o hermano. Es decir, el agresor muchas veces comparte el espacio más próximo con la mujer a quien violenta, no importando la situación socioeconómica a la cual pertenezca, a diferencia de los supuestos que se tienen en cuanto a que es en los estratos económicos más bajos donde se presentan este tipo de incidencias. Sin embargo a través de diversos estudios ha quedado plenamente demostrada la existencia de esta situación en todos los niveles. No obstante que el problema del ejercicio de la violencia de género ha sido aprobado desde mediados de los años setentas, y desde esa fecha se ha venido trabajando en torno a este delicado problema, no por ello ha desaparecido.

La violencia física generalmente se encuentra muy ligada a la dependencia económica, y sobre ello aporta Ávila datos que recabó del Banco Interamericano de Desarrollo, donde confronta cifras del 41% de mujeres no asalariadas que son violentadas por sus parejas, en contra del 10% de mujeres asalariadas que sufren también este tipo de maltrato. Al mirar estos datos saltan a la vista dos cosas por lo menos: la primera de ellas nos habla de la tendencia de un gran parte de población femenina que, ya sea por elección personal, tradición o por imposición, son dependientes económicamente de sus parejas, lo cual trae como consecuencia inmediata que éstas las perciben vulnerables y sin la capacidad de tomar decisiones. Es decir, mujeres que se encuentran en una posición de subordinación con respecto a su pareja en función de su debilidad económica. Por otro lado, también se observa la disminución de la violencia si la mujer tiene la capacidad para generar sus propios recursos, redes de apoyo extrafamiliares, e independencia económica, lo que quizá impida una total subordinación al dominio masculino. Sin embargo, también podemos notar que a pesar de que se goza de cierta independencia en los rubros antes mencionados, el problema no deja de subsistir, aunque en menor medida.

Continuando con las otras relaciones de dependencia, (emocional, social, sexual) tenemos por ejemplo, que la dependencia social es parte de la configuración cultural donde se da una alta valoración al matrimonio, dejando de lado las posibilidades de relaciones afectivas más abiertas, debido a que semejantes relaciones no están necesariamente legitimadas por instituciones eclesásticas o civiles. Estas han tenido a lo largo del tiempo, un papel de suma importancia en la consolidación del dominio masculino. A través de estos mecanismos de control social, donde la mujer de esta manera pasa del dominio de las manos de un hombre (padre, hermano), a las manos de otro hombre, quien de aquí en adelante será su marido, nos conduce al hecho de que serán los hombres quienes van a establecer una alianza entre ellos a través de la figura de la mujer. En consecuencia, esta se reduce a la sombra de un varón en este sistema desigual y asimétrico. De esta manera, no hay lugar para que las mujeres dejen de colocarse bajo la tutela de un hombre y se piensen independientes.

De la mano de este tipo de dependencia, encontramos la de tipo emocional, en la cual a través del tiempo se configura a la mujer para generar actitudes de apego y necesidad afectiva en torno a la figura masculina. Es así que el hombre se convierte en el eje sobre el cual deberá guiar su vida y su pensamiento.

Otro de los rostros de la dependencia, es la dependencia sexual: herederos de una tradición judeocristiana que ha permeado su ideología a partir de la colonización,





encontramos que el tema de la sexualidad y del sexo son tabú. Según esta tradición, la mujer es presentada como la causante de que la Humanidad haya sido expulsada del Paraíso. Con ello, la situación femenina se torna complicada. A las mujeres desde pequeñas se les inculcan valores asociados al no-ejercicio de la sexualidad, a no ser que ésta se encuentre mediada por el matrimonio; de lo contrario, las valoraciones sociales y sus consecuencias suelen ser devastadoras para las mujeres que ejercen una sexualidad libre, ya que no se ajustan a los lineamientos que les impone el sistema. Una posible explicación en cuanto a los porqués de tolerar una relación violenta o donde no existen condiciones de respeto, equidad, afectividad, ni coincidencias de pareja, me parece que podría residir en la posibilidad de que esta unión se encuentre respaldada por una dependencia de tipo sexual, que impone soportar el maltrato con el objetivo de no trasgredir las normas de conducta que se esperan de una mujer.

Me gustaría comentar que, si bien los tipos de dependencia y de violencia que he mencionado aquí los he separado para analizarlos independientemente, ello no significa que al interior de una relación solo se presente uno u otro por separado; generalmente vamos a encontrar mezclas de unos y otros tipos de dependencia indistintamente.

La parte última de este texto me gustaría dedicarla a esas mujeres que han luchado poco a poco por ir venciendo estos mecanismos a que me he referido líneas arriba, los cuales sustentan, dan forma y se vienen reelaborando constantemente, de manera que estos patrones de conducta, pese a todo persisten, manteniendo vigente el sistema dominante de subordinación femenina. Tenemos entonces que la dominación y la dependencia se mantienen a través de los mecanismos generados por las propias mujeres tales como la autonomía, la independencia, la sororidad, la libertad, y la exclusión de ciertos sectores, inclusive. La adopción de nuevas formas de pensamiento, acción y creación de nuevos espacios, han venido fortaleciendo la presencia cada vez mayor de las mujeres, en los diferentes sectores que conforman nuestra sociedad. Dejando de lado el ámbito privado, que por tradición les había correspondido, las mujeres se han ido integrando, paso a paso, en el espacio público, que hasta hace poco solo había estado al alcance de los hombres. Sin embargo el reto que tenemos ante nosotras consiste no sólo en acceder cada vez a un número mayor de espacios, sino que este acceso nos garantice equidad, respeto y nos brinde las condiciones adecuadas para nuestro pleno desarrollo.

Referencias bibliográficas:

-Ávila Agüero, María Luisa. (2007) en: Redalyc. Violencia basada en género: un problema de Salud Pública. Acta Médica Costarricense Vol. 49, Núm. 004, octubre-diciembre, 2007, pp. 178-179, Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica.

-Castro Roberto y Casique Irene, Editores. (2007) Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres, Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

-Castro Roberto, Medina María Eugenia, Riquer Florinda Coordinadores. (2006) Violencia de género en las parejas mexicanas. Resultados de la Enc. Nal. sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003. México, Instituto Nacional de las Mujeres, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

-Vendrell Ferré, Joan (2011) Las fracturas del género y la crisis de la masculinidad en: Revista de estudios de antropología sexual, Primera época, vol. 1, número 3.



## México en el espejo: un nuevo vistazo etnográfico al mosaico indígena mexicano

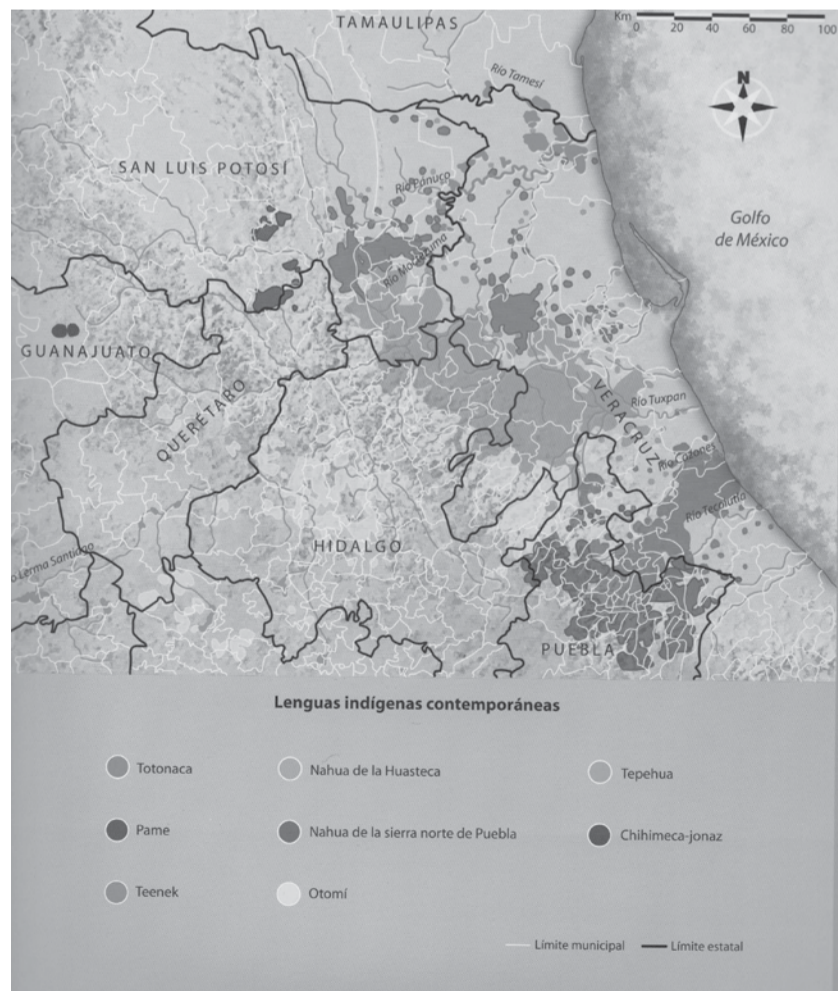
Con sus más de ciento diez millones de habitantes, México sigue siendo uno de los países más interesantes y complejos del mundo: asentado sobre una caprichosa e imponente geografía, sus sierras, llanuras, desiertos, selvas, pantanos y valles, han dado cobijo no sólo a una extraordinaria diversidad de nichos ecológicos, sino también a un variado y complejo caleidoscopio cultural, un colorido mosaico donde los pueblos indios han tejido su vida cotidiana, hilvanando tradiciones, producción agrícola, textil, narraciones míticas, conocimientos, gastronomía, literatura y muchas otras creaciones colectivas, marcadas todas ellas por el signo de la diversidad, la variación y el cambio. Sin duda, México es uno de esos países donde la cultura y la historia se funden con el territorio. Sólo es cosa de estar preparado para advertirlo: abriendo nuevos ojos, y escuchando con nuevos oídos, se nos revelará un mundo nuevo y distinto.

Nuevos ojos, nuevos oídos, es lo que organismos como el Instituto Nacional de Antropología e Historia han buscado proporcionar desde que fueron fundados. En el caso del INAH, creado en 1939, la misión se reveló compleja: la insólita riqueza cultural de este país, obligó al Estado mexicano de aquellos años, a emprender una de las labores de política cultural más extraordinarias a nivel mundial: el estudio etnográfico, antropológico, histórico y arqueológico de su población. Sin duda, la complejidad de este país y su población, hacían de dicha tarea una labor no sólo necesaria sino estratégica para el Estado. En los años 60 del siglo pasado, la antropología mexicana promovió el estudio sistemático de las poblaciones indígenas asentadas en el territorio nacional. Sin embargo, semejante tarea no fue posible llevarla a cabalidad, ni rigurosa ni sistemáticamente. Ciertamente se trataba de un proyecto colosal, que implicaba la participación de cientos de investigadores trabajando bajo un mismo paradigma teórico-metodológico, en cada una de las regiones indígenas de este país. Algo muy difícil de lograr.

Hace tres días, salió a luz en el Museo Nacional de Antropología, una entrega del Proyecto Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio. En efecto, fue en el año 1999 que dicho proyecto etnográfico se pudo poner en marcha, convocando a cientos de investigadores, etnógrafos y especialistas para el registro etnográfico de los pueblos indios que habitan cada uno de los rincones de este país, desde los áridos desiertos del norte, hasta las húmedas y tupidas selvas del sur, pasando por las planicies centrales y las sierras montañosas que les bordean. Lo que no se había podido hacer en décadas, se empezaría a trabajar desde entonces hasta la fecha. Por eso es que la entrega de un Atlas etnográfico, otro volumen a esta magnífica colección de divulgación, es motivo de fiesta y de orgullo. El Atlas etnográfico de la Huasteca y el semidesierto queretano figura entre las últimas cosechas de este enorme esfuerzo académico e institucional. Coordinado por la etnohistoriadora Julieta Valle, y los antropólogos Diego Prieto y Beatriz Utrilla, el volumen posee un formidable corpus de textos, fotos y mapas que nos dan idea cierta de lo que es la vida indígena en la Huasteca y el semidesierto queretano.

Además de los Atlas etnográficos (entre los cuales figura el magnífico volumen dedicado al Estado de Morelos, dado a conocer apenas el año pasado, bajo la coordinación del antropólogo Miguel Morayta, miembro del comité editorial de El Tlacuache), se han generado numerosos ensayos científicos, sobre cada una de las regiones indígenas de

Mtro. Israel Lazcarro S.  
Investigador Centro INAH - Morelos



Mapa etnológico Huasteca



este país. Año con año, el proyecto Etnografía, ha publicado estos ensayos, donde se trabaja de manera amplia y detallada (merced a largas temporadas de trabajo de campo en los hogares indígenas), en torno a diversos temas: la organización política y social de los pueblos indios, su territorio, su identidad, su dinámica religiosa, los efectos de la migración, su vida ritual, su cosmovisión y su mitología, los especialistas chamánicos y su relación con la biodiversidad. Todo eso se ha compilado en distintos volúmenes, que el autor de estas líneas lamenta no estén adecuadamente al acceso del público debido a la poca difusión y errática distribución de estos materiales. Los Atlas etnográficos, en cambio, se proponen realizar una mirada global, integral y de fácil transmisión sobre áreas culturales determinadas.

Lo cierto es que a través de estos Atlas como de los ensayos etnográficos, se abre una valiosa ventana al México rural, campesino, el México indígena, que ciertamente es un espejo en el que todos podremos reconocernos: ya sea bajo los acordes de su música, el humor de sus canciones, o el sabor de su comida, nos encontramos inevitablemente con que hay algo que nos identifica y nos devuelve a nuestra propia biografía. Esta familiaridad sin embargo, nos puede conducir a un autoengaño. Sucede que a veces, habiendo conocido un pueblo, con su kiosko, su iglesia y sus puestos de atole con tamales, creemos entonces que todos los demás van a ser iguales a éste pues, “fuera de México, todo es Cuauhtitlán”. Sin embargo, es entonces que confiados, imperceptiblemente cruzamos un umbral de convivencia, y llega el momento de los choques, los malos entendidos, el instante en que surge con fuerza la diferencia cultural, la diversidad que quiebra nuestros esquemas.

Tal es la experiencia que hace al antropólogo: el choque cultural, la incomodidad, la incomprensión, la extrañeza, la soledad. De pronto nos topamos con horarios, comida, ritos, exigencias, protocolos, ideas, que de primera instancia quisiéramos evadir sino es que incluso, suprimir. La mirada antropológica, presa en la distancia y la extrañeza, pretende remontar su inicial desconcierto, y tratar de comprender los motivos y la lógica que rigió esa diferencia cultural. Es entonces que un mundo nuevo se abre ante nuestros ojos, un rostro totalmente distinto, de lo que es México. Nos damos cuenta que, en el caso de México y de otros pocos países, salir al interior, casi se equipara a una salida al extranjero, un mundo distinto, donde el tiempo y el espacio se funden con una lógica distinta, donde uno mismo se vuelve distinto.

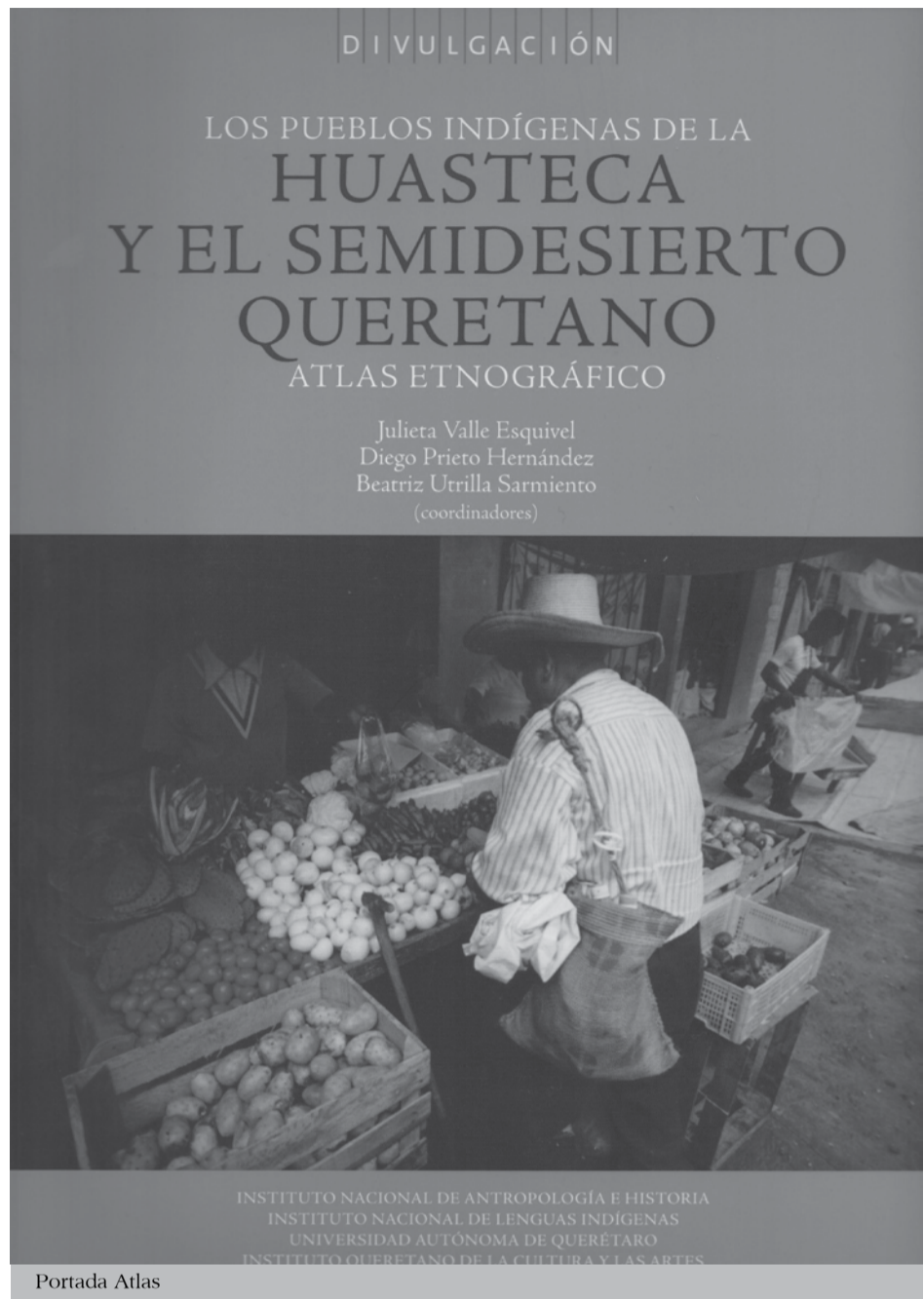
Eso es lo que este Atlas etnográfico de los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano se propone hacer a lo largo de sus páginas: dos capítulos históricos, seis ensayos para cada grupo étnico, y nueve ensayos temáticos, entre otros apartados, buscan reproducir (aunque sea bajo el formato de la escritura, los mapas y la fotografía), dicha experiencia antropológica. Este nuevo volumen etnográfico pretende nada menos que ofrecer al público general, un nuevo vistazo a otra de las regiones más enigmáticas y complejas de nuestro país, donde cohabitan teenek (huastecos), pames, nahuas, otomíes, tepehuas y totonacos. Se trata de la Huasteca y el semidesierto queretano. La Huasteca no es una región claramente delimitada. Es común evocar las “tres huastecas”: la veracruzana, la potosina y la hidalguense, especialmente los municipios limítrofes entre estos tres estados. El norte de Veracruz, el oriente del estado de Hidalgo, el oriente del estado de San Luis Potosí, conformarían ciertamente el núcleo huasteco. Sin embargo, habría que sumar un par de municipios poblanos colindantes, así como algunos ubicados al sur de Tamaulipas y al oriente de Querétaro. Por su posición geográfica, su densa vegetación y su complicada orografía, cruzada por una red de caudalosos ríos, la Huasteca fue siempre una región de difícil acceso. Tal circunstancia determinó también su evolución histórica.

Tenemos así que se trata de una región geográfica, ecológica y culturalmente abigarrada, donde tan sólo el cúmulo de lenguas indígenas que aquí se hablan, ya es en sí un dato notable que nos habla de su riqueza. Como el lector podrá advertir, el espejo etnográfico que nos presenta el Atlas etnográfico de los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano, da cuenta de más de seis lenguas indígenas distintas, provenientes todas ellas de cinco de las seis familias lingüísticas que se desarrollaron en nuestro país desde hace miles de años: la familia yutonahua (el náhuatl), la familia otopame (el otomí y el pame), la familia mayanese (el teenek), y la familia totonacana (el totonaco y el tepehuá). Si a ello sumamos que el estudio etnográfico se extiende a las tierras ubicadas al norponiente de la Sierra Gorda de Querétaro, el mosaico que esta ventana etnográfica nos revela se hace aún más complejo y diverso. Bajo la “sombrija pluvial” que estas serranías imponen, se determinó la aridez del semidesierto de Querétaro y Guanajuato. El contraste climático y ecológico con respecto a la Huasteca, no podría ser mayor. El tránsito entre un agroecosistema y otro, está claramente signado en mitos, ritos y usos agrícolas. Al incluir el semidesierto, el Atlas etnográfico da cuenta de un grupo étnico más, aunque poco famoso: los ezar, mejor conocidos como chichimeca jonaz. Los jonaces, descendientes de los que fueran en otro tiempo belicosos indígenas nómadas, que hacían frontera con los pueblos agrícolas típicamente mesoamericanos, han heredado el sobrenombre de “chichimecas”, impuesto tanto por el dominio mexica como por la sociedad novohispana. Los chichimeca jonaz han heredado también un enorme cúmulo de adjetivos despectivos, quizá sólo comparable con el que reciben los pames, que también habitan el semidesierto queretano y algunas porciones de San Luis Potosí. Sin embargo, todos ellos ocupan quizá el peldaño más bajo de una escala jerárquica que parece haberse instituido a lo largo de los siglos entre estos grupos indígenas.

Los teenek suelen reconocerse en un estatus jerárquico inferior con respecto a sus vecinos, sin embargo, su endoetnónimo, el término con que se denominan a sí mismos, teenek chik, “los de aquí”, alude a su carácter de antiguos habitantes de este territorio. Se calcula que su presencia en la región se remonta a casi 3 mil años atrás. Por su parte los tepehuas y los totonacos, comparten un estatus jerárquico inferior con respecto a sus vecinos otomíes y nahuas. Los totonacos conforman un enclave lingüístico único en Mesoamérica (quizá emparentado con grupos indígenas caribeños), hoy conformado por estas dos lenguas, y su antigüedad también es notable. Por encima de ellos, este ordenamiento jerárquico reconoce a los otomíes,



Otomíes en el semidesierto queretano



Portada Atlas

invasores que se asentaron en la región hacia el siglo XII y XIII, aunque consolidaron su presencia ya durante el periodo colonial. Los otomíes, llegados del Altiplano central y de las serranías poblanas, despliegan su canon ritual y se imponen sobre el resto de los grupos indios, que les reconocen como más eficaces, más sabios y más poderosos en su habilidad para manipular las fuerzas divinas. Por lo mismo, sus especialistas, hábiles en el manejo de las tijeras con que recortan infinidad de muñecos de papel en que presentan numerosas entidades divinas, son también considerados peligrosos, temidos e incluso odiados por sus vecinos.

Sin embargo, tanto los otomíes como el resto de los grupos indios, siguen teniendo a los nahuas como los detentadores del sitial superior de esta escala jerárquica. Los nahuas, llegados desde el Altiplano central hacia el siglo IX, y luego en el siglo XV, se impusieron políticamente sobre unos y otros. Curiosamente, la llegada de los españoles un siglo después, lejos de debilitar el dominio nahua, lo consolidó: dado que la administración virreinal encontró que el náhuatl era la lengua franca del dominio mexica, impuso su uso en todos los trámites burocráticos con todos los grupos indios, y el náhuatl se afirmó, lo mismo que el castellano, en otra de las lenguas del poder. Hasta la fecha, “hablar mexicano” y “ser mexicano” guardan cierta correspondencia etnopolítica muy bien aprovechada. Sin embargo, pese al carácter relativamente exógeno tanto de los nahuas como de los otomíes, es un hecho inobjetable que todos los grupos indios que habitan esta región comparten más de un rasgo cultural: alimentos, siembras, mitos, rituales, fiestas, son sólo algunas de las expresiones culturales que se comparten y se ajustan formalmente, aún cuando en cada caso, se sostengan diferencias internas.

El Atlas también nos informa de la compleja historia colonial que conformó a esta región, las actividades económicas y productivas, la identidad, la organización política y social de cada uno de estos pueblos, así como de los artefactos que utilizan y el entramado simbólico con que se construye la vida cotidiana, desde su flora y fauna, hasta sus cultivos y sus textiles, pasando por la edificación de sus hogares. El significado e importancia de fiestas y tradiciones, los platillos que se preparan, la manera en que se aprehende el espacio, las procesiones rituales a diversos lugares de culto en cuevas y montañas, y la compleja parafernalia ritual con que cada una de estas actividades se acompaña, nos ofrecen sin duda, la posibilidad de valorar y apreciar un mundo completamente distinto al nuestro, con ojos y oídos sensibilizados para ello.

Sin duda, un Atlas etnográfico no estaría completo si no diera voz a los cambios que se suscitan con rapidez en las regiones indígenas tanto de la Huasteca como del semidesierto: la migración, la televisión y en sí el cúmulo de aparatos electrodomésticos, el despliegue de las vías de comunicación y el incremento de las vías de acceso a rincones antes rara vez visitados, desatan todavía más transformaciones: los cambios religiosos, la incursión de nuevas denominaciones religiosas y el impacto de la educación pública, nos advierten los autores, se tejen al interior de un complejo entramado de relaciones significantes tanto con el espacio como con la mitología. Tanto el pentecostalismo evangélico como el catolicismo indigenista, se enfrentan a un mismo panorama difícil de calibrar. Después de todo, el territorio, un paisaje hecho de mitos, donde se extienden montañas de oraciones, ríos de plegarias, y una lluvia de danzas, ofrece todos los recursos necesarios para integrar los cambios y las transformaciones a ese mismo paisaje cultural del que este Atlas etnográfico nos da apenas una pequeña probadita.



# Ehécatl-Quetzalcóatl de Yecapixtla

Arqlo. Raúl Francisco González Quezada  
Centro INAH - Morelos

La pieza que presenta el Museo Regional Cuauhnáhuac este mes, fue localizada gracias a las excavaciones realizadas en el marco del Programa de Empleo Temporal 2011, en el atrio del convento de San Juan Bautista Yecapixtla. Después de un largo proceso de intervenciones en el Taller de Restauración del Centro INAH Morelos, es posible observarla prácticamente en su totalidad.

El origen de la pieza es previo a la invasión española, pero se conservó como reliquia en la clandestinidad pese a la conquista. Fue colocada como ofrenda en el enterramiento católico de tres personas: un adulto, una mujer y un infante, a finales del siglo XVI o principios del siglo XVII. En su interior contenía parte de los pies (de uno de los enterramientos) que con certeza fueron arrancados una vez que se encontraban en avanzado estado de descomposición.

La ofrenda -de complejo contenido simbólico- es asombrosa porque muestra a pesar del proyecto evangelizador, estrategias de resistencia de una sociedad yecapixtlense al margen de la vigilancia de los agustinos, quienes impartían doctrina en ese lugar.

Simbólicamente, la escultura de Ehecatl-Quetzalcóatl al ser enterrada con los difuntos, habitaba ya en el inframundo. Fue enterrada junto con los cuerpos en descomposición y parte de ellos le habían sido ofrendados. En su interior, depositada donde dominaba Mictlantecutli, guardaba fragmentos podridos de los muertos; ahí, simbólicamente, habitaban los que se alimentaban de lo descompuesto y lo reciclaban en vida nueva.



El Museo Regional Cuauhnáhuac – Palacio de Cortés,  
presenta:



## CICLO DE CINE MUJERES INSUMISAS - MUJERES EN MOVIMIENTO



Entrada gratuita

**Nueve vidas**  
Jueves 7



Dirigida por Rodrigo García  
Drama  
EE.UU / 2005 / 115''

Con la presencia y  
participación del Instituto de  
la Mujer para el Estado de  
Morelos

**Viaje redondo**  
Jueves 14



Dirigida por Gerardo Tort  
Drama  
México / 2011 / 102''

Con la presencia de  
Gerardo Tort (realizador) y  
Marina Stavenhagen  
(guionista)

**Muxes – auténticas, intrépidas,  
buscadoras del peligro**  
Jueves 21



Dirigida por Alejandra Islas  
Documental  
México / 2005 / 105''

Con la presencia de  
Alejandra Islas (realizadora)  
y Alejandro Quesnel  
(fotógrafo)

Palacio de Cortés

[www.inah.gob.mx/centrosinah/morelos](http://www.inah.gob.mx/centrosinah/morelos)

[palaciodecortes@inah.gob.mx](mailto:palaciodecortes@inah.gob.mx)

Tels.: 312 81 71 / 310 18 45 ext. 258103



## el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

[www.morelos.inah.gob.mx](http://www.morelos.inah.gob.mx)

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez  
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado  
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**  
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores